

La Tradición Popular

La figura de la muerte en la cultura popular guatemalteca

Celso A. Lara Figueroa



Universidad de San Carlos de Guatemala

No. 191

Año 2011

La figura de la muerte en la cultura popular guatemalteca

Celso A. Lara Figueroa

Introducción:

Los cuentos folklóricos en general, forman parte de la cultura espiritual-mental de un pueblo y, por lo tanto, son soportadores de una tradición centenaria transmitida a través del tiempo. De ahí que el folklore sea el receptáculo en donde se resguardan y recrean los valores más genuinos y auténticos de una sociedad. Con el fin específico de conocer más de cerca estos valores que reafirman la identidad nacional del pueblo guatemalteco se presenta aquí una antología de cuentos que sitúa como personaje central a la muerte.

En diversas regiones del mundo y en distintas culturas la muerte ha sido para el ser humano un enigma, una inquietud, una curiosidad, una congoja. Tiene tanta importancia como la vida misma y por tal razón, el hombre la ha convertido en objeto de culto y ritual. De la misma manera, la concepción que tiene el pueblo acerca de la muerte también se refleja en el cuento popular, en el que ésta aparece, por lo general, bajo dos formas: ya sea como adversario, o como ayudante sobrenatural.¹ Es decir, que la muerte aludida en los cuentos puede adoptar un carácter benévolo o malévolo, como podrá observarse a lo largo de esta recopilación. De una u otro manera en el cuento, la muerte se presenta bajo una apariencia corpórea y su relación con el hombre es siempre abierta y directa.

Con esta recopilación se pretende difundir entre los guatemaltecos la riqueza de cuentos populares con que cuentan, y que a la vez puedan ser apreciados y aplicados a la educación. En pocas palabras, se persigue que los niños y los adolescentes aprendan y reflexionen en la escuela sobre el contenido de estos cuentos populares de Guatemala, y que, los adultos recuerden y

retrasmitan una literatura que ya conocían desde antaño a través de la oralidad. En este sentido cabe destacar que la antología que aparece en seguida responde a un objetivo específico: está destinada al lector común y corriente, y no únicamente al especialista en estudios de literatura oral. Es por ello que la transcripción de los cuentos ha suprimido las muletillas y otras reiteraciones propias del habla particular del informante con el fin de tornar más accesible y cómoda la lectura de textos.

Los cuentos han sido tomados del archivo de folklore literario del Centro de Estudios Folklóricos de la Universidad de San Carlos, el cual es depositario de una amplia gama de cuentos populares recolectados en el interior del país. A la fecha se cuenta con más de 1426 cuentos grabados e boca de diversos informantes y, por lo tanto, forman parte innegable de una rica herencia tradicional y constituyen un patrimonio propio del pueblo de Guatemala.

El compadre rico y el compadre pobre

Pues éstos eran dos compadres, un compadre era pobre y el otro era rico. Vivían a una distancia poco más o menos como a un Kilómetro. Total de que el compadre pobre vivía de que el compadre rico le daba trabajo, pues no le alcanzaba lo que ganaba porque tenía muchos hijos. Total así fue trabajando y trabajando.

Se llegó el día de que el compadre pobre se atormentó mucho porque no le alcanzaba lo que el compadre rico le pagaba y le dice a su señora:

¹ StithThompson. El cuento folklórico (Caracas: Universidad Central de Venezuela, Ediciones de la Biblioteca, 1972), p'

–Mirá m'ja, arreglame un mi bastimentito porque me voy a ver dónde me gano la vida, en dónde encuentro a Dios para ver cómo hacemos para levantar nuestra familia porque ella ves que somos muy pobres. Te vas a quedar sin nada pero conformala que primero Dios me ha de ir bien.

–Pero mirá m'hijo – le dice la señora– sólo tortillas vas llevar porque no hay qué comer.

–No le hace, ¿de dónde vamos a sacar si no hay?

Total que la señora estaba triste porque él se iba a ir. Le arregló su bastimento, pero su pobreza les exigía.

Total, él agarró su camino con rumbo a la ciudad, va de caminar y caminar; le agarró el hambre. Se llegó a una quebradita, allí juntó su fuego y empezó a calentar sus tortillas, cuando oyó que venía un señor. El se azoró por que su comida que tenía era muy humilde y le dice:

–¿Qué haces aquí hijo? –le dice un señor.

–Pues yo estoy aquí, señor, por ahí almorzando.

–Mirá m'hijo regalame una tortilla.

Y él se le quedó viendo:

¿Y quién es usted?

–M'hijo, yo soy Dios

–Ah ¿usted es Dios?

–Yo soy

–Ah mire señor, a usted no le doy.

–¿Y por qué?

–Porque usted a unos hace ricos y a otros pobres como yo.

–Pues me alegro hijo, que te vaya bien. Dios te bendiga.

Y siguió su camino, el señor no le dio una tortilla. El almorzó y siguió su camino. Llegó a un lugar donde allí iba a dormir, todavía era de día. Por ai como a las cinco de la tarde juntó su fueguito y calentó su agüita y empezó a calentar una su tortilla, cuando venía una viejecita por el camino y le dice:

–Hijo, ¿qué estás haciendo aquí?

–Ay Dios, señora, yo voy por ai, a ver dónde encuentro trabajo, es que soy muy pobre.

–Ay Dios, m' hijo, así estoy yo con hambre, tengo mucha hambre.

–¿Y usted quién es?

–Mirá m' hijo, yo soy la muerte.

–Pues mire señora, a usted sí le doy de comer, venga a comer aquí conmigo porque usted jala la pita por igual. Usted se lleva pobres y se lleva a ricos, para usted no hay ricos, se le llegó su hora, se lo lleva. Eso es lo que amí me encanta de uestes porque usted es pareja.

Entonces la muerte comió con el caminante y le dice:

–M'hijo, ¿para dónde vas?

–Yo voy a buscar trabajo porque soy muy pobre.

–¿Y qué trabajos sabés hacer?

–Ah, yo señora, sólo sé trabajar con azadón, piocha, hacer leña. Esos son los trabajos que yo sé.

–¿Ay Dios, m'hijo! pero en esos trabajos poco se gana.

–Pero qué voy a hacer yo, si de ese trabajo sé.

–Mirá, por recompensa de la comida que me diste, te voy a dar una virtud para que te ganés el dinero.

–¿Y qué trabajo podría yo hacer para ganar dinero?

–En tal lugar hay un señor rico que está muy grave, vos vas a llegar a una casa de una viejecita, de una señora, ahí pedís posada, ella te va a informar que ahí cerca de su casa está un señor muy grave. Entonces le dice usted a la señora que usted hace la cache de curar, entonces la señora le va a ir a avisar al enfermo que ahí está uno que dice que sí cura.

Total que él llegó a la casa de esa señora. Allí pidió hospedaje y en conversación, en pláticas le dice la señora:

–Aquí está pegando una enfermedad muy grande.

–¿Y como de qué? Señora

–Pues tal y tales males. Así es que ahorita Julano de tal está muy grave.

—Pues mire señora, yo en cuestión de la medicina entiendo algo, yo he curado varios y he tenido buen efecto.

Total de que le dijo la muerte al caminante de que cuando llegara a donde estaba un enfermo, que si la miraba en los pies, el enfermo se moría y, si la miraba en la cabecera, el enfermo sanaba. Esa era la señora que él llevaba.

Entonces pronto lo llamaron de la casa del enfermo al caminante como en forma de un curandero. Le dicen:

—Señor — le dicen las hijas— mi padre está muy grave y queremos que lo vea para ver si le da medicina.

Entonces dice él:

—Compermiso voy a pasar a ver. Y lo pasaron adelante. Luego, desde que él entró, vio a la muerte en la cabecera de la cama y le dice a su familia:

—Su padre sana, él no muere.

—Pues mire, si usted nos rescata a nuestro padre, le damos el dinero que usted quiera.

—Yo no cobro más de mi trabajo. En primer lugar, lo que ustedes me puedan dar, lo que sea su voluntad.

Y le puso manos y en pocas horas el enfermo fue sintiendo y sintiendo alivio. Total de que el enfermo sanó. Cuando el enfermo sanó, la familia le agradecía mucho y mucho, al curandero y le dicen:

—¿Y cuánto le debemos, señor?

—Pues lo que usted, sea su voluntad, yo recibo lo que ustedes me den.

Ellos neceándolo que le dijera por cuánto valor había curado a su padre y él no quería decirles. Total que ellas le pagaron lo justo. Y así se fue curando y curando a los enfermos, por varios meses.

Total de que cuando él salió con dinero regresó a su casa y le dice a su señora:

—Ya vine, traje dinero, así es que buscate unos albañiles y construíme una buena casa. Yo regreso a mi trabajo.

Y total de que al otro día, él regresó. Dejó el dinero en su casa para que le construyeran

una su bonita casa y él siguió trabajando y trabajando.

Total de que cuando él se halló ya competente, volvió a regresar a su casa. Pero en eso al compadre rico le extrañaba que el compadre ya no le molestaba, pero no lo iba a ver. Entonces él (el compadre pobre) llegó a su casa ya con dinero, ya tenía buena casa, buenos muebles, ya no era un pobre, Entonces le dice a su señora:

—Mirá m'hija, ya Dios nos bendijo, maté unas varias gallinas y vamos a invitar a nuestro compadre que aunque fue miserable, nos ayudó, le vamos a corresponder.

Total de que hicieron un buen banquete, invitaron al compadre rico y a la comadre. El compadre extrañado; un ahijado había mandado el compadre a invitarlo para el almuerzo y le dice a la comadre:

—Vamos vos, a ver qué nos da el compadre porque algo cachó por ai porque ya no ha venido.

Total de que ya un su corral tenía sus buenas vacas, tenía sus buenas bestias. Cuando el compadre se asomó ya no vio rancho sino que una bonita casa y se sorprendió al ver la casa del compadre. Entonces el compadre antes de que llegara, lo fueron a encontrar y a la comadre, pero ya no se conocían porque eran bien trajeados aquellos pobres.

Pues al compadre rico le extrañó y no fue un gusto, no que un disgusto al ver a su compadre que ya no era pobre. Ya el almuerzo ni le cayó bien porque él más se preocupaba en el preguntarle al compadre pobre que cómo había hecho esa riqueza.

—Pues comamos compadre—le dice el pobre— y en seguida le cuento.

Pues bueno, entonces terminaron de almorzar:

—Bueno compadre, sáqueme de la duda, dígame qué trabajo bueno encontré, cómo hizo su dinero, cómo hizo su capital.

—Pues mire compadre, es una cosa muy sencilla que yo aprendí.

—¿Y qué aprendió compadre?

—Pues mire, yo por ai me fui a buscar la vida por ai pues usted bien sabe que la necesidad obliga, por ai me puse de curandero, y de lo poquito que yo sé, por ai con hierbas y por allí fui curando enfermos y me fue saliendo cierto. Total de que yo, ahora compadre, yo puedo curar a las personas que están enfermas, pero tengo esa virtud que le pongo mano al que se pueda curar y al que no se pueda curar, tampoco le pongo mano. Así fue la forma en que he ido curando, este conocimiento tengo. Dios me ha dado éste conocimiento: de que le ponga manos al enfermo y que se cure y al que no se cure también conozco al que sana.

—Me alegro compadre.

Y le da la mano en forma de burla. Total, se despidieron. El compadre rico se fue para su casa, pero el camino iban platicando con la señora de que qué sabía ese compadre de medicina.

—Ese no sabe nada, a saber qué fue a hacer por ai, de qué forma ganó dinero, pero mi compadre considero que no sabe curar a ninguno ni tiene ningún conocimiento.

Así fueron caminando y platicando con la señora, hasta que llegaron a su casa, pero como tenía envidia le dice a la comadre otro día:

—Mirá vos, hacete vos la enferma, yo voy a ir a llamar al compadre a ver cómo lo cazamos en la mentira.

—Está bueno, yo me voy a hacer la enferma y tú andá a llamarlo.

—Pero mirá, donde el compadre venga no te vayas a menear, solamente te quejás y te quejás.

Total que así fue. Otro día llega el compadre rico a llamar al compadre pobre, de que su señora estaba muy grave y que la fuera a ver. En ese momento el compadre pobre agarró camino con el compadre rico hasta que llegaron a la casa de la comadre. Entró el compadre y vio en la cama a su comadre que estaba bien embozada en una frazada:

—Mire pues compadre, si ya desde anoche está sólo quejándose y quejándose y está grave.

—Y es cierto, compadre, la comadre está grave.

—Así es que quiero compadre, que me la cure.

—Mire compadre, mucho lo siento, no quisiera decírselo pero la comadre va a morir en pocos minutos. Así es que ya me voy por que voy a llamar a su comadre que venga a verla por que ella pocos minutos tiene de vida.

Y en ese ratito se salió el compadre pobre y se fue a llamar a su señora. Poco había caminado cuando entra el compadre rico y va a menear a su señora:

—Oí lo que dice tío huevo, ¿verdad que no sabe nada?

Y la empezó a menear y a menear y no despertaba.

—Te dormiste, levántate, oí al compadre, mentiroso.

Total que no se levantaba y le metió el brazo y la levantó, qué si cuando la levantó ya estaba muerta. Entonces regresa, entonces sale el compadre rico a gritarle al compadre pobre y dice:

—Compare, compadre, regrese compadre, su comadre ya se murió, ya se murió su comadre.

—Y regresa el compadre pobre.

—¿Y qué pasa compadre?

—Su comadre ha muerto, y su comadre acaba de estar buena, pero ya se murió como se lo digo, compadre.

Así que le cuento ese cuento porque nunca hay que burlarse de un compadre.

El ahijado de la muerte

En cierta ocasión había una familia pobre, hombre y mujer. Esta familia tuvo una criatura, un varoncito. Pero el esposo de la señora era muy pobre y muy humilde. Y viendo él —en aquellos tiempos y hoy en la actualidad—, que toda la gente es incapaz; y deseaba él un compadrazo pero verdaderamente justo. Entonces le contesta la señora que era muy difícil encontrar hombres justos en este mundo.

Entonces dijo él que tendría que salir a buscar a otras partes hasta encontrar a la persona que le pareciera.

Bueno, y como eran tan pobres, con lo poquito que tenían le alcanzó para echar unas sus memelitas al esposo para que se fuera a buscar al compadre que necesitaba.

Al día siguiente de haber caminado tanto, se encuentra con el primer personaje que podría ser su compadre y le pregunta al personaje que venía, al varón, al hombre que iba buscando el compadre y le dijo que para dónde iba. Entonces le constestó él que iba en busca de un compadre par que llevara un ahijado a la iglesia para bautizarlo, pero que necesitaba una persona que fuera justa y que debía complacerle a él la persona que podía servir para su compadre.



Entonces le constesta la persona y le dijo:

–Ni cosa mejor que yo pudo se tu compadre.

–Muy bien, pero antes de todo quiero que me digas quién eres, cómo te llamas.

–Entonces le constesta la persona, le dijo:

–Pues yo soy Jesucristo , yo te lo puedo llevar.

–No.

–Por qué consideras que no te lo puedo llevar?

–Porque tú no eres hombre justó.

–¿Ah sí? Entonces me dices cuál es la causa.

–Porque tú hicístes a ricos y a pobres, no los hicístes parejos. Bueno, entonces no te lo puedo llevar, por eso.

–No

–Pues sigue bucando.

Entonces, se fue y sigue adelante. Al siguiente, encuentra otra perosna y le dice lo

mismo, que a quién buscaba.

Entonces le constesta el compadre y le dijo que iba buscando un padrino para que llevaba a su hijo al bautizo. Entonces le constesta también la persona y le dice;

–Yo te lo puedo llevar, si tú quieres. Y entonces le contesta:

–Pero me has de decir quién eres tú y cómo te llamas.

Entonces le constesta;

–Pues yo soy Pedro el pescador. Entonces le constestó el compadre:

–No me puedes llevar tú a mi hijo, tampoco.

–¿Por qué dices que no?

–Porque tú, a unos les abres la puerta del infierno y a otros la de la Gloria; tal manera que no sos justo.

Buen, si consideras que no te lo puedo llevar, sigue adelante.

Al día siguiente encuentra al otro, y se encuentra con él y le hace la pregunta también:

–¿A quién buscas?

–Pues ando en busca de un compadre, ya ajusto tres días hoy de andarlo buscando y no lo puedo encontrar. Y me dices ahora quién eres si quieres llevarme a mi hijo.

–Bien le dice.

–¿Tú quién eres?

–Yo soy la muerte.

–Ah bueno. Pues bien.

–Entonces tú buscas a una persona justa.

–Sí Entonces tú sí me lo puedes llevar.

–Ah sí, ¿por qué dices que te puedo llevar al ahijado?

–Porque tú eres justo completamente, porque no reparas caras

–Ni colores, ni ricos ni a pobres; a todos los llevas por igual.

–Ya veo

–Entonces me lo va a llevar

–Como no. Bien, pero antes de todo, quiero que vayas a conocer también a donde yo vivo; la tierra donde yo habito. Cierra un poquito los ojos y verás.

Cerró los ojos el compadre y llegó a ver

grandes salones con grandes luces en filas de lucerillos que estaban divididos, como que eran candeleros con aceite. Unas luces brillaban, alumbraban con gran esplendor, y otras entristecían.

El se quedó fijado y más adentro le dice la muerte:

—Compadre, vamos a ver más allá a donde te falta que ver lo mejor.

Y va de ver, unas lucitas se encendían y otras se apagaban.

Entonces adentro, mientras tanto le dijo la muerte:

—Te vas a esperar un momento para te dilates y verás lo que tiene que acontecer, a dónde es que yo habito. Entonces mientras yo me voy a almorzar un poquito, tú me vas a esperar.

Y empieza entonces, le sirvieron primero un gran plato de arroz y en el plato. De arroz iban unos alfileres; y le sirvieron la comida al compadre, o sea a la muerte. Entonces empieza a comer la muerte poniendo un alfiler en cada grano de arroz y así tenía que comer la muerte, poniendo alfiler en cada gran de arroz; y así tenía que comer, hasta terminarse aquel gran plato de arroz.

Esa fue la sentencia que le dio el comadre la muerte, al otro compadre para que tuviera paciencia y realizar lo que él pensaba. Entonces le contesta el compadre:

—Ay no, te vas a dilatar, pasarán miles de años y años y nunca terminas de comerte eso poco de arroz, así grano por grano y con alfileres.

—Ah de eso no tengás pena, todos tiene que pasar por mí, tarde o temprano tiene que pasar por mí.

Así es que en cuanto nomás le dijo así, terminó de comer la muerte.

—Bueno, ahora ¿sabés que? se tiene que llegar el día en que este ahijado tiene que pasar por mí.

Así es que en cuanto nomás le dijo así, terminó de comer la muerte.

—Bueno, ahora ¿sabés qué? Se tiene que llegar el día en que este ahijado tiene que reconocer a su padrino que soy yo, la muerte.

Entonces vos también tenés que visitarme como compadre que sos, tenés que visitarme y buscarme para que sigamos dialogando.

—Muy bien.

—Entonces cierra los ojos otra vez.

Y cerró los ojos y se volvieron a encontrar la lugar de donde se habían encontrado primero.

Bueno, pasó ese tiempo, y bautizaron al niño, llevaron a la pila del bautisterio a la criatura.

Entonces como a las seis o más años, se acordó la muerte del compadre y dijo:

—Ya hace tiempos que a mi compadre le bauticé el ahijado, no lo he visto ni él viene a buscarme, ni yo tampoco lo he ido a ver; pero en fin, lo voy a ir a buscar.

Pero era que ya se le acercaba la muerte al compadre; le faltaba poco tiempo y le tenía que ir a avisar que se preparara.

Bien, entonces llega y le dijo:

—Compadre, de que bautizamos a nuestro ahijado, usted no me busca ni me havisitado para hacerme alguna pregunta.

—De veras, como se me olvidó la dirección, no me acuerdo.

—Pero bien, sabe qué, vamos a ver, lo voy a llevar a otra vez, con eso se recuerda.

Y lo lleva otra vez al salón donde había estado primero, a donde estaba aquel lucerío, aquel candelero de aceite. Entonces siempre estaban iguales las grandes filas de candeleros, unos se apagaban otros se encendían, otros entristecían. Total de que a in de tanto la muerte esperaba que le hiciera alguna pregunta el compadre.

El compadre se quedó fijado en unas dos luces que habían y otras más que relumbraba tanto que iluminaba el salón donde estaban; y otra que ya se dormía, estaba completamente triste.

Entonces le hace la pregunta el compadre:

—Compadre, ¿Y todo este lucerío qué contiene?

—Mire, para que usted no se vaya ignorante, le voy a explicar. Todas estas luces

que usted está viendo, son ustedes, que tienen que morir. Mientras están vivos estas luces tienen que estar brillando, pero al morir las luces tienen que apagarse, cada persona es una luz.

—Ah sí, entonces todas estas que están tristes?

—Estas tienen vida suficiente, les falta muchísimos años para morir.

Y así le fue haciendo las preguntas. Al fin se quedó fijado en otras y le dijo:

—Venga a ver, le dijo, aquí hay una que se entristece bastante, y otra que se alza bastante. ¿Y ésta quién será?

—Compadre no quisiera decirle; pero mire, ésta luz que está tan grande y que refleja tanto, ilumina todo este salón es la luz de su hijo, la de mi ahijado.

—¿Ah sí? Le dijo él contento—éste m'hijo tiene suficiente vida.

—Pero la que está a la par, que entristece tanto...

—No quisiera decir, ésta es la suya, ocho días le faltan para que usted me visite completamente y se venga conmigo.

Entonces ya se entristeció, se afligió donde le dijo así.

—Ay, le dijo, no quisiera yo, yo me entristezco, me arrepiento de haber venido a buscarlo otra vez porque no quería saber el día que iba a despedirme de este mundo; pero bien, mire compadre no tuviera remedio. Esto lo pudieramos arreglar sólo los dos.

—Ja ¿Cómo así? - le dijo la muerte

—Sacándole un poquito de aceite al candelero de mi hijo y pasándoselo al mío para que así me aumentaba la vida a mí y a él se la rebajaba.

—Ingrato ¿para qué ándas buscando hombres justos para que te lleven a tu ahijado? No, es imposible, con la ley no se juega, y la ley se tiene que cumplir. Vos te vas a dar la grande, o usted, más bién compadre, se va a dar la grande ahora, bailar, a cantar, a brincar, a darse todos los gustos que usted quiera, pasee y gaste su dinero que tiene, y dése la grande porque dentro

de ocho días usted se viene conmigo y mi ahijado tiene que dilatar bastantes años en esta vida, porque así es la vida, que la suerte era para su hijo y usted, por malo, esta es su recompensa. Hasta allí nomás termina el cuento.

El hombre pobre y la muerte

Pues era un hombre demasiado pobre, tenía muchos hijos y no hallaba cómo pasarlo. Total es que él ya se enloquecía de lo pobre que estaba. Pues en un de tantas él pensó mejor irse hasta donde Dios lo ayudara, sólo él le dijo a la señora:

—Mirá, me voy. Alistame un poco de bastimiento, un tomatillo de agua y me matás una gallina porque me voy a ir lejos de aquí.

Total es que la mujer le echó el bastimiento, le mató la gallina y él se alistó, hizo su maleta y se fue. Va de andar y va de andar. Allá lejos le dio hambre, juntó fuego y así que había fuego, puso a calentar la gallina porque iba helada, pero la gallina era muy gorda, soltaba mucho olor. En una de tantas se le acercó una señora y le dijo:

—Mirá, tengo hambre, regalame un pedacito de carne de gallina.

—Si me decís quién eres tú, yo te regalo un pedazo de carne de gallina.



- Yo soy la Virgen.

-Vaya, a vos si no te doy nada, porque fijate que tantos hijos que me distes y no me das con qué los mantenga, por eso no te doy .

-Bueno, ésta bueno pues.

-Dio la vuelta la señora y se fue. Al poco ai venía un viejito y dice:

-Ah, me querés regalar un poquito, un pedacito de carne.

-¿Quién eres tú?

-No soy Nuestro señor.

-Tampoco, a vos te doy.

-¿Y por qué no me das?

-Porque no sos justo.

-¿Y por qué?

-Porque me miras tan pobre y con tantos hijos, y no me das con que los mantenga.

-Está bueno pues.

Dio la vuelta y al poquito le dice que ai venía una señora, dice:

-¡Ay, que olor de gallina!

-Pues si, ¿le llegó el olor?

-Si, me llegó el olor ¿y por qué no me regala una mi tortilla con un pedacito de carne?

-Si me decís quién eres tú, yo te regalo.

-Si te digo quien soy. Yo soy la Muerte.

-Ves, a vos si te doy carne con una tortilla.

-Está bueno.

Vino y partió la carne y le dio.

-Muy bien, ahora te regresás.

-Ah, no me regreso, ¿qué hago yo con mis hijos? tienen demasiada hambre y qué les doy.

-No tengas pena, porque de hoy en adelante, yo te voy a ayudar. Bueno, en primer lugar para que no echen de ver cómo va a ser tu comienzo, te voy a dar una idea, vos vas a ser doctor.

-Ah vaya, ¿y cómo le hago?

-yo te voy a decir como vas a ser doctor, pero mañana regresate a tu casa. Allá cuando amanezca andá a ver el rincón de tu casa, yo te voy a dejar un costal de dinero, pero para que no se fijen a qué hora fue eso, o te voy a indicar cómo se hace, como va a ser el comienzo de tu riqueza, vos vas a ser doctor.

-¿Y cómo hago?

-Yo te voy a decir: cuante te llamen a ver un enfermo, fijate si estoy en la cabeza, hay una esperanza de que no se muere, y si me mirás en los pies de una vez decí que ya se va porque ya se muere.

-Muy bien -le dijo- entonces me regreso.

Pues de regreso el hombre, y allá dice que cuando llegó no hizo mención de nada. Pero otro día que amaneció, que durmió en su casa, ahí estaba el costal de dinero. Ah, él sintió con gusto. Ah bueno, al mismo tiempo, un enfermo, pero enfermo. En eso se fue él como que no quería la cosa, pero él ya sabía y les dijo que le dieran permiso para ver al enfermo.

-Pase adelante -le dijeron- pase adelante.

Entró él, la muerte estaba en la cabeza. Ya la gente, los familiares llorando porque ya él se iba a morir.

-Ya -les dijo él- no tengan pena, no se muere. Miren, si quieren le hago una su cachita.

-Ah, esta bueno, hágale su cacha, un remedio por ahí porque de todos modos él ya se muere.

Unas hojitas dicen que fue a traer así nomás:

-Cósanle esta agüita.

Porque él aunque no hiciera nada, él ya sabía que no se moría y le dio la medicina.

-Ai nos vemos más tarde.

Al poquito, a llamarlo otra vez porque a estaba mejor, ya estaba pidiendo de comer el enfermo.

-No tengan pena -les dijo- ya está bueno, ya no hay que hacerle más.

Bueno, y asi fue curando y curando.. El que ya estaba con la muerte en las canillas es que ya se iba a ir. Y había un señor que era muy rico y era su compadre.

-Mirá vos, Julano, tan pobre que era, mi compadre tan pobre que era y ahora como está de bien ya, según se nota cómo va de rico.

-¿Y dónde no? -le dijo la señora- si sabe curar, de ahí dependio la riqueza.

-Mirá, hagamos una cosa, yo sé que no sabe nada, pero lo vamos a llamar. Yo me voy a hacer el enfermo y vos los vas a ir a traer.

-Vaya, está bueno.

Total es que el hombre se puso enfermo, pero enfermo, y las hijas, ellas, pues llorando pero de mentira porque él estaba grave.

—Vayan a traerme al compadre. Se fueron a traerlo. Pues él llegó, dice:

—¿Qué le pasa? —le dijo.

—Cállese, mire a Julano como está de grave.

Él, por supuesto que haciéndose el enfermo según él. Llegó él (el compadre), dice a ver la muerte en las canillas.

—Ay, mire comadre, miren si se van arreglando porque él ya está caminando (hacia la muerte)

—¿Cómo va a ser eso? —le dice la señora— que se muera Julano.

—Como no, aprevengansen, porque él se muere.

Total, tanto fue la sorpresa que hasta la mujer cayó redonda.

¡Se murió el hombre! siempre por experimentar al compadre a ver si era mentira lo que andaba viendo. Hasta allí se termina el cuento.

El hombre y la muerte

Pues resulta que un día había una familia muy pobre. Bueno, el jefe de la casa, el marido de la pobre mujer ésta, bueno, tenían muchos hijos, pero muchos hijos y el hombre sin trabajo, sin pisto, ya sin caites, sin ropa. Bueno, ya se lo chupaba la bruja, para y lado y para el otro. Pero un día le dice a la mujer.

—Bueno m'hija, mirá yo me voy, te digo que si, creeme que si.

Andaba este hombre tan decepcionado, tan triste, tan desesperado que le dice a la mujer:

—Mirá, creeme que si yo con la muerte me junto, con muerte me agarro, y con la muerte me voy si es que así me lo pidiera. Si así sucediera, yo con la muerte me voy.

Bueno, total de que el hombre sale y caminó y caminó pidiendo trabajo por este lado, pidiendo trabajo por otro, pidiendo esto y pidiendo el otro, que lo ayudaran, que lo ayudaran y ninguno le proporcionaba ayuda.



Bueno, total de que anocheció y él ya cansado, llegó a su casa y la mujer, puer una mujer bien comprensiva, un mujer con carácter de esos que, —hay muchas mujeres que en lugar de decepcionar al hombre, le dan animo para seguir adelante—. Pues ésta mujer era un de ellas. Bueno, y le pregunto:

—¿Qué tal hijo, cómo te ha ido?

—Ay Dios, si te contara. No, mejor ni te cuento.

—Pero qué tal te fue hombre, si no conseguiste trabajo, tal vez conseguís mañana pasado, y así. Bueno, algún día tenés que conseguir trabajo.

Bueno, en realidad fijate que no entre trabajo, no encuentre nada, y ya los hijos ya descalzos, ya no tienen nada, bueno no sé, ni que hacer.

Bueno, llegó la noche y el hombre pues, llegó cansado de tanto caminar, dispuso acostarse y luego se acuesta y estaba durmiendo cuando en eso, oye el rechinar de la puerta y “rchcc, rchhhh”, se abre la puerta, ¡hijo de la china! y él abre los ojos y cuando va viendo un esqueleto allí.

– ¡Hijo de la gran diabla! ¿y ésto qué es?
¿Y comienza la muerte y le dice:
– Dame tu nalga y te doy tu guacal, dame
tu nalga y te doy tu guacal.

Y a medida que iba cantando la muerte,
iba más cerca de la cama y el hombre ya no pudo
más y le dice:

– ¡A la gran puta con vos! ya con vos y
ni se puede bromear.

– Y se sienta el mero jodido:

– Si yo te lo dije pero en calidad de broma,
pero no en serio.

Me monto en un potro para que ustedes
me cuenten otro.

El ahijado de la muerte

La señora tuvo su hijo y muy pobrecita, no se
animaba a salir, entonces le dijo a su hijito, el
más grandecito que tenía:

– Andaite hijo y salis a la calle y el primero
que pase, si es hombre o es mujer, el primero
que pase le decís que venga aquí conmigo, que
venga aquí una carrerita, aquí con mio.

– Bueno – dijo el chamaquito –

Y salió a esperar allí y venía una mujer,
que fue la primera que...

– Buenos días señora. Dijo mi mamá que
hiciera el favor de ir a oír un mandadito ahí en
la casa.

– Ave María, hijo – le dijo la muerte – y
¿por qué a mi me lo decís?

– Porque ella me dijo que el primero que
pasara, fuera mujer o fuera hombre, y como usted
es la primera que pasa, a usted se lo digo.

– Bueno, hijo, así me gusta que hagan los
mandados como se los dicen:

Entró la señora (la muerte) a la casa, allí
estaba la señora con su muchachito que quería
bautizarlo, pero no se animaba a salir porque
eran muy pobrecitos, no tenía ropita para salir.

Y entonces le dijo (la muerte):

– Señora, ¿para qué me necesita?

– Pues mire, señora, es que quiero bautizar
a mi hijito pero no puedo salir, soy muy pobre.

– Ah, bien.

– Y ya que usted... hágame un favor.

– Con mucho gusto, yo lo voy a bautizar,
no tenga usted pena.

Ahorita le voy a hablar al cura y dentro de un
ratito lo vengo a traer.

Y así fue hablarle al cura y al rato:

– Vengo a traer al niño, lo voy a bautizar.

Se lo llevo pues. Bueno hicieron el
bautizo, se lo vino a dejar a la mamá el nenito
y fue creciendo y fue creciendo. La muerte a
cada dos, tres días lo iba a ver, lo iba a ver, le
llevaba sus regalitos al muchahito, al nenito. Fue
creciendo y fue creciendo. Bueno, ya que estaba
grandecito, hombre, es que le dijo la muerte (a
la madre del niño):

– Mire comadre, yo quiero que su hijo
aprenda oficio.

– Pero, ay señora comadrita, de qué
manera, si yo, ¿con qué voy a pagar yo maestro
que lo enseñe, si soy muy pobrecita?

– No, no, si yo nomás quiero la voluntad
de usted, yo voy a tomar parecer y yo soy la que
moe voy a entender con él.

– Bueno, pues si es así, es así, está bueno.

– Bueno hijo – es que le dijo (la muerte
al joven) – vas a aprender a curar enfermos, ese
oficio vas a aprender. Cuando Ahora hay un
enfermo aquí en la ciudad, hay un enfermo y
estaá grave. Andá a verlo y cuando vayas a ver
un enfermo solo vos vas a tener permiso de
mirarme, cuando yo este en la cabeza, le pones
la mano enfermo. Y por ahí, zacatíos buscas y
pones a cocer los zacatíos y le dás de tomar al
enfermo “y con eso vas a sentir alivio”; pero
cuando va a morir, entre tantos días se muere.
Eso es.

Bueno, fue él, el jovencito, el chamaquito,
todavía estaba chiquito, lo fue a ver al enfermito
que estaba, la muerte dijo donde estaba, lo fue
a ver. Ah, empezó a cortar los zacatíos, aguitas
que hizo y le dio a tomar al enfermo.

Recolector: ¿Es decir que la muerte
estaba en la cabeza?

Informante: en la cabeza, si, si, en la
cabeza.

Ah, luego sintió alivio el muchachito, al
rato ya estaba bueno. Ah, le fueron tomando una
confianza, una fe y ya, entonces donde quiera

que había un enfermo, luego lo iban a llamar. Pero de repente, él curaba y cuando miraba a la madrina en los pies es que les decía claro que se iba a morir, que no tenía remedio, cuando la miraba en la cabeza a la madrina, la curaba.

De repente un señor por tomarme el pelo.

—¿Y qué va saber ese? (el niño) —es que dijo— ¿Y qué va a saber ese ishtío —dijo curar? Vaya, hacete —le dijo a una su hija— hacete la enferma y lo vamos a ver, a ver si conoce.

Y se hizo enferma la hija y la obligaron a irse a costar y quejido y quejido y no le dolía nada, quejido y quejido y allegó el muchacho pues a verla y le fue a mirar y le fue a tentar los pulsos y todo.



—Pero ella no estaba mala —es que dijo— pero por tomarme el pelo la (vengo) a ver y ahora se va a morir y que de una hora se muere.

Recolector: ¿En dónde estaba la muerte?

Informante: Allí estaba la muerte. Sólo miró la madrina que estaba en los pies.

—Ustedes por tomarme el pelo lo hicieron, no estaba mala la muchacha, pero ahora ya se vio mala y se va morir, así que se va morir.

Y se murió pues, la muchacha, porque estaba la madrina ahí. Luego miró... él en cuanto llegaba a ver al enfermo, luego se fijaba dónde estaba la madrina. Si estaba en la cabeza, ah, luego le ponía mano decía:

—No se va a morir y la curaba con agüitas, ahí con zacatíos, les daba.

Y cuando la miraba a la madrina en los pies:

—No, decía, no tiene remedio, ya se va a morir.

Hasta la hora les citaba en que se iba a morir, como ahí estaba la madrina. Ese es el cuento del ahijado de la muerte.

La madrina

Han de estar y estarán —como dicen los cuentos antiguos—, de que éste era un hombre muy pobre, pero que Dios lo socorrió teniendo un hij. Cuando el niño estuvo en edad dijo:

—¿Quién irá a ser el padrino de m'hijo? porque aquí no tengo conocidos.

Y agarrando al niño, se dirigió caminando, caminando, a buscar el padrino que le correspondía a su hijo, al cabo de caminar cierto tiempo, apareció un hombre venerable, de buena barba, vestido de blanco, una mirada muy noble y le preguntó:

—¿A dónde vas? —Le dijo el anciano.

El hombre respondió:

—A buscar padrino para m'hijo.

Y el que lo encontró le dijo:

—Si querés, soy yo.

—¿Y tú quién eres?

—Yo, yo soy Dios.

—Ah, tú eres Dios.

Pensándolo un momento, le dijo:

—No, no me convienes para padrino de mi hijo, porque tú no eres parejo, tienes pobres, tienes ricos, tienes cojos, tienes ciegos, tienes

mancos y no, no eres completo, no eres parejo. No me convienes, así que ai nos vemos.

Y siguió caminando con su hijo a cuestas.

Al cabo de caminar cierto tiempo, le apareció otro hombre, muy bien arreglado, sólo que de negro y le preguntó:

–¿A dónde vas?

Y le volvió a hacer la misma respuesta.

– A buscar padrino para mi hijo.

– Si quieres soy yo.

Volvió a hacerle la pregunta.

–¿Y tú quién eres?

–Yo soy el diablo.

–Ah –pensándolo aquel dijo– no, no me convenís. Contigo todo el que hace trato pierde, tu eres muy listo, estas lleno de trampas y no creo que favorezca, de ninguna manera, que tú seas el padrino de m'hijo. Así es que decididamente no te acepto como padrino de mi hijo. ¡Ai nos vemos!

Y siguió caminando.

Al cabo de caminar largo rato, le apareció una viejecita y le hizo la misma pregunta:

–¿A dónde vas?

El hombre le contesto:

–A buscar padrino para mi hijo.

–Lástima, yo soy mujer, pero si tú quieres, yo soy su madrina.

–Bueno, que seas mujer o seas hombre para mi es indiferente, que necesito es que mi hijo tenga madrina o padrino.

–Pues si quieres soy su madrina, como te repito.

–¿Y tú quién eres? –le preguntó–, ya con la duda de lo que había encontrado anteriormente. Entonces le dice:

–Yo soy la muerte.

–Ah, tú eres la muerte. Me conviene y te acepto para madrina de mi hijo.

–Pero ¿por qué me aceptas a mi y no aceptaste a Dios ni al Diablo?

–Porque tú eres pareja, tu con trampas y sin trampas, buenos malos, cojos, ciegos, tú no respetas, tu agarras parejo y si el momento que eres pareja, me convienes que seas pareja tambien con la vida de mi hijo.



La parra de uvas y la muerte

“Había una vez un viejo que tenía como cerca de noventa años. Este viejo era demasiado pobre y tenía, pues él, doce centavos. E iba a comprar tres panes, de esos panes blancos que se vendían antes. Cuando se iba a comer el primer pan llegó un niño y le dijo:

–Señor , ¿No me regalas uno de esos tres panes que tienes?

–Ah, si, con mucho gusto –le dijo el viejo y le dio el pan.

–Muchas gracias, señor –le dijo el niño y se fue.

Después, más tarde, llegó una viejecita y como lo vio comiendo le pidió otro pan, le

dijo que si le daba un pedazo de pan:

–Te lo voy a dar entero, aunque me quede con hambre, pero te lo voy a dar.

Y le dio otro pan a la viejecita. La viejecita se fue muy contenta comiéndose el pan.

Cuando le iba a dar la mordida al otro pan, llegó un viejecito y le dijo que si no le podía dar un pan a él también; entonces le dijo el anciano que sí.

–Ahora ya me voy a ir a comer raíces porque no tengo nada que comer.

Y se puso pensativo el anciano. En ese momento llegó un viejito y le dijo:

–¿Qué te pasa?

–Que fijate, que tenía tres panes y se los acabo de dar a tres personas.

–¿Y no me reconoces? –le dijo el viejito– yo soy una de esas tres personas a quienes les diste el pan ¿qué quieres que te dé?

–Ah, yo tengo mucha hambre.

–Pues te voy a dar un costal, el costal de los deseos y a ese costal irá todo lo que vos pidás, así te quitara el hambre.

–Ah, gracias.

Al rato iba pasando una señora con un gran canasteo de quezadillas, entonces dijo el viejo:

–Que se venga ese canasto de quezadillas para el costal.

Entonces el costal se tragó las quezadillas y allí se quedaron. Y bueno, subsanó, comió ese día. Otro día llegó a una pila de esas públicas, donde habían de esos peces de colores, peces rojos, azules, de todos colores y dijo:

–Que se vengan esos peces ya fritos al costal.

Entonces así, de esa manera iba viviendo él. Pero después se puso él pensativo, y llegó el niño y le dijo que qué quería –porque también el niño había sido favorecido con un pan.

–Yo en lugar de pan te puedo dar algo.

–¿Ah sí?

–Entonces, qué quieres que te dé (le dijo el niño).

–Quiero que me des una parra de uvas,

que sólo suba aquél que yo quiera y que se pueda bajar el que yo quiera.

Pues en ese momento comenzó a nacer una parra de uvas, y todo el tiempo se mantenía cargada de uvas, la parra. Al rato llegó el anciano y le dijo:

–¿No te recordas que a mí me regalaste un pan? ¿Qué quieres que yo te regale o te dé?

–Quiero tener vida eterna o morirme cuando yo quiera.

–Pues lo tenés concedido.

Al poco tiempo, estaba San Pedro peleando con el diablo porque este hombre era un impenitente en la tierra, porque el anciano no sé moría, y ya era el tiempo, porque ya pasaba de los noventa años y querían que se muriera, y San Pedro y el diablo peleaban porque, uno porque lo defendía, otro porque se lo quería llevar. Pues entonces le dijo el diablo a San Pedro:

–Mirá, por qué no me dejas ir a la tierra a probar traérmelo.

–Está bueno.

Entonces llegó el diablo, ¡Ton-ton! con la puerta:

–¿Quién es? – (preguntó el anciano)

–Yo vengo a traerte (le dijo el diablo)

–Pasá adelante.

Entonces:

–¡Que se venga el diablo para el costal!

–Entonces el diablo fue a dar al costal, el viejo le amarró la boca al costal y lo agarró a leñazos.

–¡Soltame! ¡soltame! ¡soltame! –le decía el diablo.

Bueno, pues el diablo se fue despavorido de allí, por la gran apaleada que le metió el anciano. Al llegar allá al infierno, fue a contarle a San Pedro de la apaleada que le había pegado el anciano.

–Ahora te lo voy a dejar, que te quede –le dijo el diablo– yo no quiero ese hombre aquí.

–Yo voy a mandar a traerlo (dijo San Pedro).

Entonces vino San Pedro, mandó a la muerte. Y llegó la muerte a tocarle la puerta:

–Señor, señor –le dijo.

–¿Qué quieres?

–Vengo a ...

–¿Quién eres?

–Yo soy la muerte. Pues vengo a traerte.

–Está bueno, pasá adelante. Mirá, ¿no quieres uvas? son deliciosas. Subí, subite (a la parra).

Entonces se subió la muerte al palo de uvas.

–Ahora no te puedes bajar de allí.

Y se quedo en el palo de uvas la muerte. Por eso hubo un tiempo en que no se moría la gente, porque a la muerte no la podía bajar nadie de allí, porque del palo de uvas no se bajaba nadie, y San Pedro va de llamar a la muerte y pidiéndolo disculpas al hombre, que le dejara a la muerte. Al fin concedió él, pues, de que se fuera la muerte.

Con el tiempo dijo el anciano:

–Yo me quiero morir, ya estoy viejo, y aquí sufriendo, ninguno me quiere en la tierra, porque es problema para mí, vivir tanto tiempo.

Entonces se fue para el infierno, allí llevo al infierno y tocó la puerta:

–¡Ton Ton!

–¿Quién es= Es el viejo que me apaleó en la tierra –dijo el rey de los diablos, ¡qué se vaya de aquí!

–Ah, en ninguna parte me quieren a mi.

Entonces me voy para la Gloria.

Llegó a la Gloria y allí estaba San Pedro, le dijo:

–¿Qué quieres?

–Es que me vine de la tierra.

–Ah, pues entonces aquí no puedes entrar, porque te acordás que me subiste a la muerte en el palo de uvas.

–¿Qué pasa allí Pedro? –le dijo el Padre Eterno.

–Es que aquí el señor quiere venir a la Gloria, y yo no lo dejo entrar aquí.

–Ah bien, él sí entra porque él fue el hombre que nos dio de comer en la tierra.

El rico vanidoso

Había un hombre muy rico, pero rico, rico, rico; y una vez él llamó a sus ingenieros, cuatro, para que le hicieran unos planos, de un nuevo edificio que pensaba hacer. Estaban los ingenieros trazando medidas y líneas para hacer un plano, cuando entró uno de los empleados.

–Señor, señor, se ha matado el operario de enfrente que trabajaba en ese edificio.

–Qué estúpido, qué bruto, por no fijarse en donde se paran es que les pasan estas cosas, ¡idiota, imbecil! ¡ah muchacho más tonto!

–Señor –le dice uno de los ingenieros– no, no es así, la muerte nos pone un obstáculo, sin duda la muerte, la huesudita le llegó, le menió el andamio y ¡pum! a tierra porque ya le tocaba.

–Ingeniero, que lastima que usted sea un hombre avanzado intelectualmente, y discúlpeme la expresión pero un demasiado estúpido, un bruto ¿cómo se pone a pensar usted que fue la muerte ingeniero? –(dijo el rico).

–Señor, usted me trato de bruto, de estúpido, todo lo que usted quiera, pero así es, nadie se muere la visperaa, muere cuando realidad Dios quiere. La muerte llegó y le menió esos (andamios) poca mas o menos lo que yo pienso..

–Ah, es un pensamiento absurdo, tonto. ¿Qué dicen ustedes de eso ingenieros?

–Bueno, creemos lo mismo, que cuando a uno le llega el momento ya no puede escaparse, le llegó, le llegó la pelona, dice: “te llevo porque quiero que te vayas.”

Bueno, a ese tiempo sonaban el timbre.

–Vete, anda a ver –le dice a la empleada. Sale corriendo la empleada, y al abrir la puerta se ve que en la puerta estaba una mujer alta, alta, fea, seca, toda pálida, se sorprende y le dice:

–Señora, ¿qué quiere?

–¿Está el señor?

–Si.

–¿Puedo pasar? Necesito hablar con él.

–Un momento, voy a anunciarla. Señor, en la puerta hay una mujer alta y delgada, parece no muy amiga de la humanidad.

–Debe ser alguna hambrienta, de estas pironas desgraciadas que solo andan por las calles hambriendo un centavo. Dile que no tengo tiempo de atenderla; mis

ocupaciones son muchas.

Fue la empleada y le dice:

–Señora, dice el señor que no la puede atender, que está muy ocupado.

–Dile que me atienda, que no estoy para esperarme, que si él quiere me espera y si no me espera.

Vuelve y dice:

–Señor, dice la señora, que si usted quiere la atiende y si no, siempre la atiende.

–Qué burra, qué bruta, qué atrevida esta desgraciada. Vete a la puerta y dale un palmo de narices con la propia puerta, tirala a la calle.

La empleada salió corriendo, ahí estaba la señora. Vino y cerró la puerta con fuerza y sintió ella muy bien que la había dado con la puerta que la había volado hasta la calle. Entró muerta de risa y dice:

–Pobre seca, creo que ha de haber caído hasta donde estaba el muerto.

–Mentirosa –le dice ella, la llevaba en la propia espalda.

Cuando aquella voz le grito así, la empleada caemuerta, se levantan los ingenieros corriendo a levantarla y les dice la seca, les ordena:

–Dejen a esa mujer, no le ha pasado nada, con el señor quiero hablar.

–¿Pero qué estás haciendo? Vete, ya has matado a mi empleada del susto.

–No, ella ya volvera, no la toquen, sientense tranquilos. Voy a hablar con este hombre; ¿ves como acaba de morir ese operario?

–Si.

–¿Ese obrero?

–Si, por bruto, por bruto, que no se fija donde se para.

–No, no, que se te borren esos pensamientos. A ti el dinero te ha hecho creído, tan inescrupuloso, crees que con el dinero puedes remediar las cosas, te equivocas, recuerda que tenemos una muerte, y esa muerte nos llega tarde o temprano. El dinero no nos debe endiosar por nada del mundo, debemos ser siempre corrientes, condescendientes, ser buenos, ayudar a quien tiene necesidad, tu dijiste que yo era una hambrienta la que andaba limosneando. No, te equivocas, yo nunca limosneo, si limosneo, pero almas y ahora vengo a limosnearte la tuya, se te ha llegado el momento.

–¿Quién eres tú para atreverse a decirme eso?

–Yo soy la muerte.

–¡La muerte! ¿pero qué quieres conmigo? No

ves que yo soy un hombre adinerado, que no sé ni qué es el dinero que tengo.

–A mi no me interesa el dinero. El Señor me ha mandado para que te vayas tú a acompañar a ese obrero que acabo yo de llevarme, ya va en camino. Así es que prepárate, te vas conmigo.

–¿Pero tú me amenazas o qué?

–No amenazo a nadie, yo sólo sé que cuando me toca, solo doy un golpecito, un soplido o lo que ami da la gana y se va.

–Señores ¿están oyendo ustedes la amenaza de esta seca? Esta es una seca desgraciada que se atreve a amenazarme en mi propia casa.

–Dime todo lo que tu quieras, habla como quieras. Como te dije antes, tú crees que con el dinero puedes remediar todo y te equivocas. El dinero es un engaño, es necesario porque sí se necesita para vivir la vida, pero no debemos de sentirnos grandes cuando tenemos mucho dinero, aún no teniendo bastante o teniéndolo debemos ser consecuentes, amables, porque ve, fijate pues, tú estás haciendo un plano, estás haciendo grandes edificios, pero te olvidas que yo venía por ti ¿verdad? eso no lo pensastes.

–Mira, te doy dos millones de dolares o de quetzales para que repartas entre los más pobres, pero déjame vivir.

–No, yo no acostumbro a venderme por nada, el Señor me ha mandado para llevarte, y vete, me has hecho perder tiempo, te quedan diez minutos para morir.

–Señores, ustedes son testigos de la amenaza de esta mujer.

Aquellos ingenieros estaba completamente mudos, nadie se atrevía a levantar la vista, estaban completamente espantados, la mujer que había caido muerta, ya estaba recuperada completamente, sólo viendo el diálogo entre la muerte y el rico creído.

–Bueno, fijate, mirá tu reloj, han pasado cinco minutos.

–Oyeme, quiero pedir un favor, ahora no te voy a ofrecer dinero, empiezo a creer en ti.

–No me interesa que me creas.

–Dame treinta días para arreglar mis cosas.

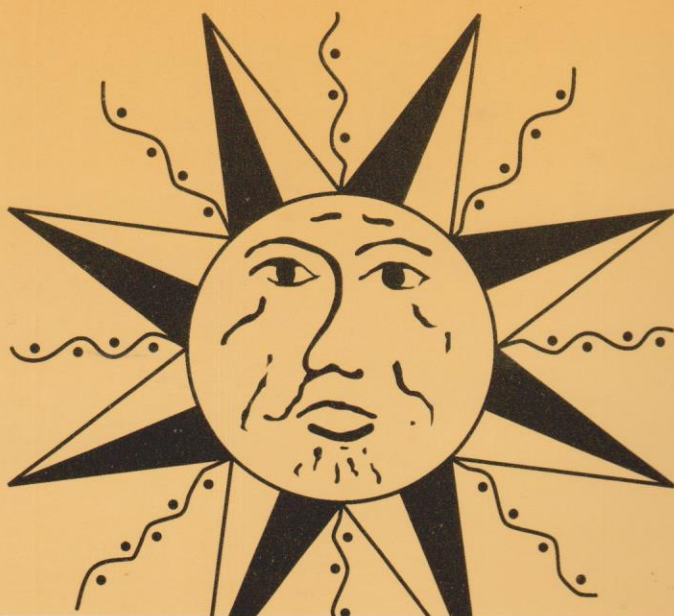
–La vida que has vivido ha sido suficiente para arreglarlas, ¿cómo es posible que ahora me pidas plazo? Yo no le doy plazo a nadie, y te quedan tres minutos.

–Oyeme ¿en realidad me amenazas?

–No amenazo, vengo a decirte la verdad, te quedan dos minutos.

—Señores, son ustedes testigos.
—No me pongas testigos que no los acepto, te queda un minuto.
Instantes después, el hombre caía completamente muerto. Los ingenieros se levantaron y la muerte desapareció en forma instantánea.





Centro de Estudios



Folkloricos

Avenida La Reforma
0-09, zona 10 Tel/fax/
2331-9171 y 2361-9260

Director

Celso A. Lara Figueroa

Asistente de la dirección

Zoila Rodríguez

Investigadores titulares

Celso A. Lara Figueroa

Alfonso Arrivillaga Cortés

Aracely Esquivel Vásquez

Artemis Torres Valenzuela

Investigador musicólogo

Enrique Anleu-Díaz

Investigadores interinos

Anibal Dionisio Chajón Flores

Matthias Stöckli

Fernando Urquizú

Deyvid Molina

Preservador del patrimonio cultural

Mario Rodríguez Esquivel

Corrector de pruebas

Guillermo A. Vásquez González

Centro de documentación

María Eugenia Valdez Gutiérrez

Diagramación de interiores y

montaje de cubiertas

Cristian Alexander Hidalgo

Fotografía de portada e interiores

Guillermo A. Vásquez González